

ne mas fuerza que las leyes. Ellos no pueden desmentirse, sin hacerse perjuros, y sin atentar á su propia autoridad.... Concedid, pues, el doloroso asombro que deberá causar ver en vos un raptor, y el opresor del hombre á quien usurpais, á la vez, su esposa y su honor!.... Ah! yo no os acuso de tal accion; no, estoy segura, vuestro corazon la condena y la desaprueba: ¡gracias al cielo, toda la infamia recae sobre madama de Montespan! Yo la justificaré, dijo el Rey, con un tono irritado.—No llegareis á eso, replicó la Duquesa: se conocè demasiado vuestro caracter y el suyo, y este último rasgo pone el colmo al ódio que le tienen. Yo misma la he aborrecido: en fin, ella es causa de las primeras murmuraciones que se excitan contra vos!.... Podria escusar su perfidia contra mí; pero ¡cómo perdonarle que debilite la admiracion universal que se os ha tenido!.... Qué me usurpe vuestro amor, con tal que no os prive del de vuestros vasallos, sufriré, y moriré sin quejarme!.... Ah! prosiguió, echándose á los pies del Rey, inmoladme; consiento en ello; pero no sacrificueis vuestra gloria. Conservad este tesoro inestimable de los héroes; el único objeto de orgullo, y el solo consuelo que me queda. Lla-

mad a Mr. de Montespan!.... Hablando estas palabras, bañaba con sus lágrimas las rodillas del Rey, que estrechaba fuertemente contra su pecho: al precipitarse á tierra, se desataron sus hermosos cabellos cubriendo sus espaldas. Este desorden, las lágrimas, su actitud, su belleza, que no parecia hecha sino para conmovier el alma, y que el dolor y las lágrimas hacian incomparable, todo en este momento suscitó al Rey un recuerdo, que la inconstancia misma no habia podido desterrar de su memoria; y los sentimientos mas sólidos, cuya duracion perpetuaba el amor á su pesar. Los razgos ligeros del amor no gravan un sello profundo; la admiracion y el reconocimiento dejan vestigios indelebles. Luis creyó ver á madama de la Valliere en el cementerio de Chaillot.... Contemplaba con sorpresa esta figura tierna, que parecia adornada de todos los encantos de la inocencia; veía, á la vez, su víctima, y á la que habia adorado!.... Este cuadro le restituyó la ilusion de sus primeros sentimientos, y la ternura y compasion reanimaron todos sus remordimientos.... Confuso, penetrado, fuera de sí, no pudo contener sus lágrimas: levantó á la Duquesa, la estrechó contra su seno, diciendo con una voz cortada:

voy á firmar el decreto para que vuelva Mr. de Montespan!... Dios! exclamó la Duquesa, obtengo de vos este generoso esfuerzo!... Sí, replicó el Rey apretándole la mano; sí, jamás me hablareis en vano. Esa voz tan dulce y tan amable, siempre será oída... Yo no os dejaré jamás! dijo la Duquesa con un movimiento apasionado.—Me lo prometéis?—Os lo juro. Desde ahora todo lo disculpo... Seré feliz.... Recordaré esta conversacion, y nada podrá ya turbar mi reposo y mi dicha...—Voy á obedeceros: voy á firmar el decreto; pero por vos solamente, únicamente por vos; y no para que cesen discursos temerarios, que solo pueden irritarme. A estas palabras el Rey la dejó, y ella quedó en el colmo de la alegría y felicidad. En este primer trasporte escribió á Benserade una carta, que mandó por un correo, y contenía lo siguiente:

„Oh! volved, amigo mio, volved! todo ha cambiado. Soy feliz: volved. ¡Qué revolucion!... En fin, él me ha hecho leer en su alma!... Yo lo sabía, lo os he dicho, se engañaba á sí mismo! No era más que un error de su imaginacion; pero su corazón!... Ah! estad seguro de él; es siempre el mismo; lo he visto á

„encontrar todo entero!... Amigo mio! las censuras del público eran injustas; monsieur de Montespan ha hecho cosas que merecian los mas severos castigos; el Rey solo ha querido castigar su insolencia; debia hacerlo, y lo llama: nunca tuvo intencion de prolongar su destierro... ¡Qué grande es! ¡Qué sensible! Ya no me reprendereis mi timidéz; le he hablado con una osadía, que me admiro cuando pienso en ella. ¿Lo creereis? Me arrebaté hasta hacerle, sin miramiento, reproches amargos, que eran infundados!... ¡Con qué dulzura, con qué bondad me escuchaba!... Vos sabeis el modo con que oye. ¡Quién supo mejor que él apreciar los motivos y el zelo? ¡Quién fué mas digno de oír la verdad, y le dió mejor acogida?... Tiene tanto talento y virtud! Y, con toda esa resplandeciente gloria que lo rodea. ¡qué honradéz, qué simplicidad natural y magestuosa!... Lo admiran, lo adoran; pero no hallais, mi amigo, que jamás se ha hecho un elogio bastante de él? Siempre faltá alguna cosa de sensible y de esencial á las alabanzas que se le tributan: no se le conoce bastante. ¡Cómo lo pintaria!... Mas, ¡quién podria creerme? Un retrato, cuyo original no se asemeja á ningun otro, solo pa-

„rece obra de la imaginacion; y yo misma ¡estaría en estado de presentar en toda su claridad „aquellas cualidades eminentes que lo distinguen „de los demás reyes! No puedo sino entrever- „las, y admirar los resultados. Me consuelo pen- „sando, que será alabado por sus hechos digna- „mente, por la historia, por la grandeza que im- „prime á este siglo, que sin duda se llamará el „suyo. Sí, como se llama el siglo de Augusto. „Nuestros descendientes dirán un día: el siglo de „Luis el Grande. Oh! cuánto amo la gloria, cuando „veo brillar el resplandor que reparte sobre él! „Qué bella me parecé, cuando es él á quien co- „rona!... Mi amigo, ¡qué ocupado de él, y de „mi felicidad está mi corazón! ¡Qué necesidad „tengo de que hablémos! de deciros que nunca „há estado tan tierno conmigo, tan profundamen- „te conmovido!... Lo he visto turbarse, poner- „se pálido, correr sus lágrimas, estar temblando. „Sí: á él, á aquel héroe, nuestro Soberano, que „arrostra ¡ay de mí! todos los peligros... Esta „mano, que tiene con tanta firmeza las riendas „de un vasto imperio, que acaba de aumentar; „esta mano poderosa temblaba entre las mias! „El temblar! ¡ó prodigio de la sensibilidad! ¡Y „yo sola soy quien lo produzco!... Yo sola! El

„me lo dijo!... Venid, pues; le hablareis tam- „bien. ¡Por qué le habeis dejado sin explicacion? „Es una falsedad, mi amigo; él os habria dete- „nido: siempre os ama; no lo dudeis: todo el „mundo aquí os echa menos; y ninguna cosa „puede remplazaros cerca de mi.”

Benserade encontró en esta carta tanto can- dor y credulidad, como entusiasmo y amor: dió en el momento la siguiente respuesta.

„Permitid, Madama, me quede en mi sole- „dad. Mi adhesion á vos es todavia menos sos- „pechosa aqui, que donde os hallais: esta idea „me hace mas amado el retiro á que me con- „sagro. Estad bien segura que siempre partici- „paré de vuestra felicidad; pero antes de felici- „taros por lo que me referís, quisiera saber si „madama de Montespan ha sido despedida de „la Côte, si ha partido. Mientras ella habite „en Versalles, no estaré tranquilo. Esta inquietud os parecerá, si no odiosa, al menos grose- „ra;... pero dignaos considerar, que tengo cin- „cuenta y cuatro años, y que de ellos treinta he „pasado en la Côte.”

Acabando de leer esta carta la Duquesa, alzó las espaldas diciendo: es muy cierto que ninguno, excepto yo, conoce al Rey!... Sin em-

bargo, Luis, fiel á su promesa, firmó sin demora el decreto, llamando á Mr. de Montespan. Al mismo tiempo le hizo ofrecer cincuenta mil escudos, que Mr. de Montespan tuvo la bajeza de aceptar (1).

El Rey vió á madama de Montespan, y recobró todo el amor que un piadoso recuerdo acababa de suspender!... No se acordó de la escena que habia pasado entre él y la Duquesa, sino para arrepentirse de haberle mostrado demasiada sensibilidad. Temió que ella hubiese concebido la esperanza del sacrificio de madama de Montespan; resolvió no dejarle esta ilusion; y en este pensamiento, y, sobre todo, por irresolucion, no fué al dia siguiente á su casa; lo que sorprendió dolorosamente á la Duquesa. Al dia siguiente fué acompañado de Lauzun y de Beringhen: estuvo con un aire el mas frio y mas distraido, hasta el momento en que llegó madama de Montespan; entonces se animó, se hizo amable; pero no echó siquiera una mirada á la Duquesa. De su parte se condujo madama de Montespan de la manera mas chocante con madama de la Valliere; no observó con ella sigue-

(1) Histórico.

ra los mas simples respetos de política; jamás le dirigió la palabra; se ocupó solamente del Rey con afectacion, hablándole de continuo al oído con un aire de misterio ó de malignidad. La Duquesa, confundida, no estaba vivamente admirada sino de la conducta del Rey, no pudiendo concebir un cambio tan repentino. Sus miradas suplicatorias buscaban en vano las de Luis; él las temia, y evitó siempre su encuentro. Cuando el Rey se salió, la Duquesa se levantó para seguirle; ella habria querido decirle una palabra, muy despacio en la puerta; pero madama de Montespan, corriendo, se puso entre ella y el Rey, y dijo á la Duquesa en un tono de chanza: yo me encargo de acompañarlo, y *hasta la galeria de los Principes*; (esta era su habitacion en el Castillo). A estas palabras, el Rey se puso á reír, y salió. Madama Montespan le siguió; y la desgraciada Duquesa quedó de pie, y petrificada cerca de la puerta (1). Desde este dia, conociendo el Rey que la Duquesa podia acusarle de inconsecuencia é ingratitud, tomó por ella esta especie de desvio (tan fatal en los principes) causa-

(1) Se han dulcificado mucho los rasgos de la impertinencia de madama de Montespan hácia la Duquesa. Véanse las memorias de aquel tiempo.

do por un insuperable embarazo. Embriagado de amor por madama de Montespan; decidido á no sacrificarla; no estimandola, pero encadenado por su belleza, amaestrado por sus mismos vicios, por sus arrebatamientos en todo género, por su audacia y su picante malignidad, tomó el partido, no de romper enteramente con la Duquesa, sino de no tener ya con ella sino los respetos publicos. Cesó totalmente de verla á solas; y, fuera de esto, en lugar de ir á su casa todas las tardes con sus favoritos, ya no fué sino cada semana dos veces. Los demas días iba públicamente á casa de madama de Montespan, quien por burla convidó á la Duquesa á sus pequeñas reuniones, diciendole que allí veria al Rey.

Madama de Montespan, tan sin pudor como sin principios, lucia el fausto mas brillante: daba fiestas y grandes cenas; recibia á los Ministros, y se hacia temer de ellos; tomaba, á pesar del desprecio público, todo aquel aparato de consideracion que dan siempre en el mundo un lujo prodigioso, el favor de un soberano, el gusto de la intriga, y, sobre todo, el poder de hacer mal. Ella no se mezclaba en los asuntos politicos; el Rey no lo habria tolerado; se ocupaba demasiado de ellos, él mismo, para concederle esta clase de imperio.

A mas de sus dones particulares (y quasi siempre sin su noticia) ella se contentaba con obtener una multitud de gracias subalternas, no para hacerse creaturas, sino para enriquecerse. Ella pensaba que en la Corte los partidarios de una clase inferior no sirven de nada á la amante de un Rey, que no puede jamas estar sostenida por la opinion y la estimacion publica; así, en tal caso, no obligaba, sino vendiendo sus servicios. Acumulaba riquezas, nada pagaba; de cuando en cuando hacia cubrir sus deudas al Rey. Obscurecía á la Reyna por su magnificencia. Sucesivamente lisongeaba, engañaba á sus amigos, y los sacrificaba continuamente á una buena expresion por divertir al Rey. Hacia temblar á sus enemigos, á quienes perdia alegremente, cubriendolos de ridiculo; burlaba á las personas austeras por su arrogancia é ingenuidades: su espiritu satirico no era menos temible que su poder; ninguno se atrevió á tratarla con sequedad: el doble temor que inspiraba, se parecia al respeto; y ella, decia, se lisongeaba de haber restablecido todos los privilegios de favorita que la Duquesa de la Valliere habia dejado echar en olvido.

Entretanto que madama de Montespan ha-

cia público su favor con tanto orgullo, el palacio de Biron estaba desierto!... La desgraciada Duquesa experimentaba una admiracion que suspendia en alguna suerte el dolor que habria debido tener: en una conducta tan clara, en procedimientos tan poco dudosos, no veía sino un enigma inesplicable. Cuando Luis era con ella evidentemente ingrato é injusto, todo á sus ojos era incomprendible. Lloraba en silencio, y esperaba la esplicacion de este misterio impenetrable. El concluirá por hablarme, se decia; es preciso oírlo antes de acusarlo!... Este estado de abandono animó á Lausun á descubrir un proyecto que meditaba algun tiempo. Redobló sus visitas á madama de la Valliere, y concluyó pidiendole su mano (1). Madama de la Valliere lo escuchó con una dolorosa sorpresa; una sola cosa le hizo impresion en esta propuesta, hecha por el mas intimo favorito del Rey: ¿vos estais, pues, bien seguro, le dijo llorando que él no me ama ya, y me renuncia para siempre? Lausun, perfectamente tratado por la Duquesa á causa de su amistad con el Rey se habia lisonjeado que ella consentiria, y así

(1) Histórico.

lo habia dicho públicamente. Luego que fué desechada por la Duquesa su propuesta, sus enemigos se aprovecharon de esta ocasion para burlarse de él, poniendolo en ridiculo: esta accion fué tanto mas vituperada, cuanto se sabia que el amor no era el motivo de este enlace. Lausun tenia sus asuntos desarreglados, deudas inmensas, con lo que se le acusaba de haber querido sacrificar su honor al mas vil interes. Madama de Montespan, que lo aborrecia, le preguntó un dia delante de mucha gente, ¿desde cuando estaba enamorado de la Duquesa? Desde el momento en que vos fuiste su confidenta y amiga íntima, respondió Lausun. Esta respuesta picante no turbó á madama de Montespan, quien jamás manifestaba comprender las cosas que podian causarle embarazo; pero no las olvidaba en su vida. Vos probareis, contestó ella, que no es imposible, como se supone, ocultar una gran pasion, pues nadie lo duda. A mas de esto, replicó Lausun, de ningun modo es absolutamente necesario que yo estuviese enamorado de madama de la Valliere para casarme... — Y ¿qué motivo habrais tenido entonces? — ¿Cómo? exclamó Lausun, ¿obtener la preferencia de la sola muger á quien el Rey ha

amado verdaderamente!... Estas palabras perdieron á Lausun; pero él salvó su honor. El entusiasmo escusa ó repara todo, cuando él está de acuerdo con el carácter y sentimientos que siempre se han mostrado. Madama de Montespan, confundida y sin respuesta, por la primera vez de su vida, juró en lo interior de su alma vengarse con estrépito. Se sabe que esperó la ocasion con tanto disimulo como paciencia, y con qué perfidia y acierto llegó á satisfacer á la vez sus antiguos resentimientos y su ambicion.

El Duque de Longueville, con sentimientos mucho mas interesantes que Lausun, no fué mas feliz que él: ofreciendo á madama de la Valliere casarse con ella, le propuso dejar para siempre la Corte, y renunciar todos los bienes que Luis la habia forzado á recibir. ¡Qué! le dijo la Duquesa enternecida, ¿me amais todavía?— ¡Ah! ¡jamás he cesado de adoraros!...— ¡Ay de mí! por qué sois, para mí desgracia, el unico hombre capaz de constancia? Despues de esta exclamacion tan sincera, el Duque, sobrecogido quedó algunos momentos sin hablar, y luego renovó sus instancias. Madama de la Valliere las rehusó con estimacion; pero con aque-

lla firmeza fria que no deja ninguna esperanza. El Duque, penetrado de dolor, se ausentó de la Corte, y estuvo largo tiempo sin volver á ella (1).

Sin embargo, madama de la Valliere no viendo ya cuasi al Rey, ni pudiendo en el espacio de tres semanas decirle una palabra en particular, conoció en fin que habia perdido, no solo los derechos del amor, sino tambien los de la amistad. Benserade estaba ausente, y faltando el duque de Longueville, no le quedaba un solo amigo verdadero. Los echaba menos en este momento, mas que en otro cualquiera. Sabia hasta qué punto hubieran hallado culpable al Rey, si fuesen testigos del modo que la trataba: cuando se ama, no se podría, sin un horroroso y vivo dolor del corazon, quejarse á los demás del objeto de su afecto: disimular sus faltas, dar un aspecto favorable á sus acciones las mas punibles, y cuando no se puede excusarlas, dar á entender que razones ocultas las justifican; en fin, defender con una elocuencia persuasiva, ó con una destreza ingeniosa; ved aquí los sacrificios irreflexivos tan naturales, que son

(1) Histórico.

cuasi producidos por instinto, y de un primer movimiento, con la mas grande franqueza de carácter. Madama de la Valliere se admiraba y gemia lejos de todos: en el momento que se hallaba sola corrian sus lágrimas cuasi sin interrupcion, y continuamente se entretenia con ellas. Cuando su espíritu llegaba á distraerse de su dolor, lo resentia su corazón siempre.... Una mañana, sentada frente á un gran retrato del Rey, pintado por Rigaud, y de una perfecta semejanza, fijó sus ojos en este cuadro. ¡Ved aquí todo lo que me queda! se decia.... ¡Ay de mí! sin cesar perseguida por esta querida imágen, no tengo necesidad de mirarla, para estar siempre viendola!.... ¡O! tu, cuyas facciones todas anuncian la bondad, puedes tratarme con tanta barbarie! No es el amor ya el que te pido, sino tu amistad: ¡puedes rehusarmela!.... ¡Tú me has hecho prometerme no dejarte jamás; y es para desterrarme de una manera mas cruel! ¡Qué soy aquí sin tí! ¡Qué puedo ser sin verte, estando cerca de tí!.... ¡Muy pocos pasos tienes que dar para acercarte á mí, y me desamparas, me olvidas! ¡No vivo en la mansion que habitas mas que

para oír hablar de tu inconstancia, y ser testigo de ella!.... ¡Qué has hecho de ese corazón generoso y sensible que sedujo el mío? Ya no te conosco, y este es mi mayor tormento! ¡No, tú no podrías ser injusto, inhumano!.... No, tú eres el que no me conoces.... Si tú supieras lo que sufro; si alguna vez hubiera podido pintarte hasta qué exceso te amo, vendrías á enjugar mis lágrimas con tu confianza!.... ¡Es pues mi ternura á la que aun temes? ¡Ay de mí! ¡No sabes que sin partirla puedes satisfacerme todavía? Solo exijo de tí que no me huyas, y me escuches. Ven al menos para aprender como es posible amarte, que lejos de mí no lo sabrás!.... ¡Oh! ven! no me dejes acabar y morir, cuando puedes reanimarme con una palabra, con una mirada!

En medio de tan tristes ideas, no pensó todavía dejar la Corte. Ya no esperaba admirar al Rey, ni conmovirlo por esta accion, ni volver á ser llamada. Quería mejor morir de dolor, á sus ojos, que arrancarse de su llado, sin llevar la esperanza de dejarle grandes pesares. Para libertarse de oír la voz de la razón, se repetía, que habia prometido al Rey no dejarle,

como si el trato que recibia, no la libertase suficientemente de semejante juramento. Produciendo en ella el desaliento el aparente efecto de la resignacion, sufría las humillaciones mas estrañas, se abandonaba á su destino, á fin de no combatir una pasion que habia tomado sobre su alma tan funesto imperio.

Escribió al Rey, únicamente para quejarse de no verle sino delante de testigos: sus reproches eran dulces y moderados; pero el amor se dejaba ver á cada palabra en su carta. El Rey, sin duda, queria conservar siempre por amiga esta muger interesante, cuya angélica dulzura y generoso caracter admiraba; pero su nueva pasion no le permitia considerar con tranquilidad, sino cuando madama de la Valliere estaria curada del amor que le tenia. Entonces conocia que le restituiria toda su confianza, sin ningun esfuerzo, y que ella seria para él la amiga mas cara y mas perfecta. Creyó, pues, que les era necesario á su mútua felicidad quitarle hasta el último rayo de esperanza. En esta idea, y para desembarazarse de todo inconveniente, tuvo el valor y la crueldad de escribirle sin embozo y con claridad. Le declaró, que jamás vol-

veria á tener por ella una pasion que sentia por otra; la suplicaba se limitase á la amistad, único sentimiento que estaba en su poder, en lo sucesivo, concederle.

Aunque parece que esta respuesta no debió manifestar nada de nuevo á la Duquesa, le causó tanta sorpresa como dolor. Esta cruel declaracion destruía toda esperanza de atraer al Rey, y la misma mano de Luis habia trazado este decreto irrevocable.... Aquellos, cuyo corazon ha padecido, saben la enorme diferencia que se encuentra entre el temor mejor fundado, y aquel que deja al menos esperanza á la razon, y la certidumbre completa!....

Este último golpe oprimió de tal modo á la Duquesa, que le fué imposible escribir segunda vez al Rey: hizo cerrar su puerta, y pasó doce dias en una soledad completa. Luis envió á saber de ella; pero no fué á visitarla: temia mucho verla. La Duquesa, mortalmente herida, salió en fin de este largo descaecimiento. La indignacion, sin desprenderla, le dió una especie de fiereza. El me despreciára, decia, si supiera, que despues de tales procedimientos tengo la indigna debilidad de alimentar aún una pasion

tan desgraciada!.... Conservemos, al menos, su amistad!.... Esta última idea sostuvo su valor: reflexionó sobre su situación, se formó un nuevo plan de conducta, y esto fué para ella una especie de consuelo. Cuando se llega al colmo de la desgracia, la inacción y la indolencia conducen á la desesperación; nada alivia como un proyecto extraordinario ó violento, que ocupe la imaginación, y que, sobre todo, imponga la necesidad de obrar.

Madama de la Valliere tomó la resolución de renunciar á toda especie de fausto, y vivir con la cuarta parte de sus rentas, dando el resto á los pobres. Vendió en veinte y cuatro horas los pocos diamantes y joyas que tenia todavía, á excepcion de aquellos brazaletes preciosos, primer don de Luis. Despidió la mitad de sus criados, asegurándoles pensiones. Concluyó á toda prisa con los artesanos un ajuste, por el cual cambió las soberbias tapicerías de sus departamentos, y todos sus muebles magníficos, por un menaje el mas modesto y menos costoso. Se quitaron de los salones las arañas altas, y las de mesa, cuasi todos los espejos, y solo quedaron en ellos los retratos del Rey. Haciendo todas estas cosas, satisfacía su verdadero gusto. Esta

alma tan noble y tan benéfica, habia siempre despreciado el lujo; pero ella no pensaba sin un secreto gozo, que esta sencillez recordaria al Rey con qué repugnancia ella habia recibido en otro tiempo sus dones, y con qué moderación habia hecho uso de ellos. En fin, se decia: él comparará estos departamentos con los de madama de Montespan; reflejará, á pesar suyo, sobre la diferencia de caracteres!.... Cuando todo estaba ya trasformado en el vasto palacio de Biron, la Duquesa escribió al Rey: la carta era corta, porque ella ya estaba tibia y racional, y habia empleado algun tiempo para componerla: le decia al Rey, que despues de haber examinado su corazón, no hallaba en él sino los sentimientos que él deseaba, y que se lisonjeaba vendria á su casa sin inconveniente, pues en adelante le veria sin turbarse ni conmoveree.

Este laconismo y esta tranquilidad sorprendieron al Rey, y en tal caso la admiración va siempre mezclada de una especie de despecho secreto. Se sabia que el duque de Longueville interesante por la contancia de su pasión, habia instado á madama de la Valliere que aceptase su mano: se sabia igualmente, que debia haberle propuesto renunciar la fortuna que ella tenia